

Vicente Romero Muñoz: LA JUVENTUD DE ACCIÓN CATÓLICA (*)

Los Centros de Jóvenes de Acción Católica fueron una realidad considerablemente extendida en España entre los años treinta y sesenta del siglo XX. Uno de tantos Centros con vida activa y proyección social fue el que desde enero de 1935 funcionó en Alcalá de Guadaíra y en el que buen número de militantes sevillanos vivieron el ideal —propuesto por los Papas Pío XI y Pío XII— de participar como seglares en el apostolado jerárquico de la Iglesia.

Entre los que fueron dirigentes de aquel Centro se distinguió Vicente Romero Muñoz, hoy abogado y profesor universitario, quien conservando muchos documentos de aquel tiempo —y conservando también, muy vivos, los ideales y la memoria— nos ofrece en el libro *La Juventud de Acción Católica* una documentada y amena historia de su Centro, cuya relativa importancia pone de relieve.

Al escribir su detallada crónica, Romero refleja, acaso sin proponérselo, lo que era por regla general la estructura y la vida de los muchos Centros Parroquiales, que llegaban a los últimos pueblos de España y que, dentro de obvias diferencias regionales y de medios, funcionaban en una misma línea de actividades y en una comunión de ideario.

Bajo el lema general, en efecto, de "Piedad, Estudio, Acción", aquellos Centros agruparon, dentro del marco parroquial, a millares de jóvenes de diversa procedencia social (universitarios, obreros, campesinos, empleados) y regional. Sus actividades abarcaban desde los actos litúrgicos y los círculos de estudio hasta el deporte y el excursionismo, pasando por la propaganda y el apostolado. Los Centros eran coordinados por los Consejos Dio-

(*) Fundación Nuestra Señora del Águila, Alcalá de Guadaíra, 2005, 143 págs.

cesanos y éstos por el Consejo Superior, orientado por la Junta Técnica de la ACE y por el Primado de Toledo.

La historia del concreto Centro de Alcalá de Guadaíra se sigue bien a través del libro de Romero y de la documentación incorporada, que abarca fotografías, carteles, programas y unas completas relaciones de los consiliarios, dirigentes, militantes y aspirantes del Centro desde 1935 a 1961.

No es, pues, el libro, como por su título pudiera suponerse, una historia general de la Juventud de Acción Católica, pero con muchos estudios como éste, que escasean, podría ensayarse la historia general de una Obra tan querida e inolvidable es para cuantos pertenecemos a ella y cuya práctica extinción —que es un aspecto de la crisis de la Iglesia en los años 50 a que aludía recientemente en estas páginas Fernández de la Cigoña (*vid. Verbo*, marzo-abril 2005, pág. 336)— nos duele a los que sobrevivimos.

Dicha historia habría de partir del primer Presidente nacional, José María Valiente (que tras poner brillantemente en marcha a la Juventud, pasó a la política y se integró en la Comunión Tradicionalista, en cuyas filas alcanzó el más alto rango). Después habría de estudiar en profundidad la etapa del Presidente nacional Manuel Aparici, cuyo proceso de beatificación está ya muy avanzado en Roma. Y tendría que reflejar la historia del semanario *Signo*, que tanta difusión tuvo en los años cuarenta y en cuya redacción, encabezada algún tiempo por el Presidente nacional Enrique Pastor, se formaron muchos periodistas católicos.

No faltan totalmente fuentes para aquel estudio. Hay un material válido integrado por libros de la época sobre Acción Católica (como el manual de monseñor Zacarías de Vizcarra y la monografía de monseñor Juan Hervás sobre Jerarquía y Acción Católica a la luz del Derecho), libros referentes a algunas figuras como Manuel Aparici y Antonio Rivera (el "Ángel del Alcázar") y publicaciones de escritores (Lago Carballo, Robles Piquer, López Medel, Sanz Jarque, Campillo o Borobio, entre otros), que fueron de la Juventud y siguen evocándola. Una crónica general bien

documentada sería una buena aportación a la historiografía. Entre tanto, felicitemos a autores como Romero, cuya obra, aquí reseñada, será para muchos lectores sugestiva e incluso para algunos emotiva.

JOSÉ M.^a CASTÁN VÁZQUEZ

Cristóbal Robles: JOSÉ MARÍA DE URQUIJO E YBARRA (*)

Extraño libro este de Cristóbal Robles. Del que uno no queda satisfecho.

Constantemente nos hace pensar en José María Javierre. Y es completamente distinto del clérigo aragonés aclimatado en Sevilla. Pero algo tendrán en común para que, al leer al uno, nos venga a la mente el otro. Javierre suele saber muy poco de sus biografiados. Y como hay que llenar páginas, se va por los cerros de Úbeda, se pierde en mil divagaciones y digresiones, las más de las veces sin venir a cuento y que suelen demostrar que si no sabe del personaje tampoco de su entorno. Robles también sabe poco de Urquijo pero, en cambio, sabe muchísimo del ambiente que le rodea. Incluso demasiado. Y el biografiado se pierde en el bosque. En un bosque de demasiados árboles. Si en su libro *Insurrección o legalidad. Los católicos y la Restauración* (Madrid, 1988) había dejado ya constancia de sus más que notables saberes sobre la época, en esta ocasión se pasa. Y el lector, abrumado por tanto dato, la mayoría de los cuales no tienen nada que ver con el señor Urquijo, repetidos, redundantes, muchas veces sin dar el año de los mismos, con lo que obliga a estar continuamente haciendo cálculos, termina con una sensación de fastidio.

(*) CSIC, Madrid, 1997, 692 págs.